



DE COMO TUVE LA ILUMINACION DE QUE NO VAMOS A NINGUNA PARTE

HAY casos. Juro que hay casos. Una vez Henri Poincaré, a punto de poner el pie en el estribo de un autobús, mientras hablaba con un amigo, tuvo una iluminación respecto a algo. La «idea» le sobrevino de modo breve, súbito y certero. Se cayó del autobús y por un poco se mata. Cuando recobró el conocimiento no se acordaba de nada. Mala suerte la de Henri Poincaré. A mí me ha pasado lo mismo, pero no me he caído de ningún autobús ¡Estaba en la cama! No sólo tuve una iluminación, sino que me di cuenta de lo adecuado de mi iluminación. Es maravilloso, no siendo yo persona de muchas luces. Estaba yo en la cama, repasando los periódicos, cuando la «idea» acudió a mí con todo su poder. Nunca nada me había excitado tanto. De pronto se reunificaron en mi cabeza todos los datos, sus significaciones más profundas se entrelazaron en su «corpus» conceptual perfecto, y todo apareció ante mí como una visión, como una gran composición en la que los detalles aparecían claros, el proceso evidente, la conclusión inatacable. Me di cuenta, en un segundo revelador, de **que no vamos a ninguna parte**. Quedé yerto. Porque no sólo vi **que no vamos a ninguna parte**, sino que además caí en la cuenta de que se trataba de algo factible. Me levanté de la cama con mucho cuidado para no caerme, sujetándome la garganta con las manos para no estallar en un alarido de placer, y llamé al Club Siglo XXI. Le dije al señor Guerrero Burgos que era preciso organizar inmediatamente un ciclo sobre el tema general «No vamos a ninguna parte». Quedó perplejo, en el fondo estaba deslumbrado por la idea. «Puedo probar —le dije— que si nos organizamos bien podremos lograr no ir a ninguna parte mucho mejor que con Fraga y los otros líderes. Sé —añadí— que ellos están haciendo lo que pueden, pero con sus métodos acabaremos por no ir a ninguna parte dando un gran rodeo». Me dijo que Fraga y los demás eran tácticos, que el ir a ninguna parte hay que hacerlo por sus pasos contados. Luego dijo algo que me convenció: «Usted pretende la revolución para ir a ninguna parte, cuando lo mejor para conseguirlo es evolucionar». No supe qué responder y prescindí de mi idea. ¡Ya me podía haber caído del autobús, como Henri Poincaré!

DON MELQUIADES

